



Imagen 1.-Años 30. La playa Chica con la Isla al fondo, era un poco más grande. Postal edición Ruffo propiedad del autor

## Las tribulaciones de un republicano en el franquismo (I)

Juan José Señor López

**E**l levantamiento militar del 18 de julio de 1936 trajo como resultado inmediato una guerra y posguerra de abominables acciones en las que fueron asesinados incontables militares y civiles republicanos; otros lo fueron como consecuencia de odios, envidias, contubernios y rencillas enconadas. A esto le siguió una férrea dictadura militar en la que el protagonista de esta narración, que pudo librarse del paredón, fue sometido como otros muchos a duras capitulaciones y persecución social. Este breve recuerdo de su vida es un homenaje a él y a otros que como él lucharon y luchan, trabajaron y trabajan, por la libertad y el progreso. La calamidad que atenazaba los años en los que se desarrollaron la mayor parte de los hechos que se relatan es complicado comprenderla plenamente desde la perspectiva actual, pues los comentarios al respecto suenan ya como una letanía que con los años se va desvaneciendo. Quizás sería conveniente no olvidarlo del todo, sin ánimo de perseguir una respuesta por el agravio, sino de mantenerlo en la conciencia como nefasto, ominoso y oneroso hecho histórico; y sobre todo, por la incertidumbre que produce esa máxima de los eruditos que dice que la Historia se repite, máxime cuando se olvida. Cuanto aquí se expone procede de las confidencias del protagonista de la narración y del testimonio de personas de la más absoluta confianza y credibilidad. Tratándose en lo posible de evitar los juicios de valor, tanto personales como ajenos, salvo los universalmente conocidos.

### Guerra e infortunio

El 24 de julio de 1936 Andrés Señor vivía en *Vista Alegre*, una casa aislada en el promontorio que se alza sobre la playa de *La Caleta*. También se la ha conocido como *La Viña Campo*.

Estaba en un cuarto, disponiendo presuroso un hatillo de emergencia para darse a la fuga, cuando un pelotón de soldados al mando de un teniente de etnia bereber llegó a la casa. El teniente entró, pistola en mano, hasta el cuarto donde Andrés se encontraba y al verse, ambos quedaron sorprendidos, se conocían.

Tras unos segundos de incertidumbre hablaron muy aproximadamente lo que sigue:

“-¡Fadel!

-¿Tú?, ¡Andrés... hermano! –guardando el arma-

-Si pero... vienes a por mí... ¿no?

-¿Tú eres el secretario del alcalde?

-Sí.

-¡Vete! ¡Salta por esa ventana y corre...! ¡Que venimos a matarte!

-¿Qué pasará con mi familia?

-A tu familia no va a pasarle nada, lo sé. ¡Corre, vete por los montes! ¡Vete ya, que me la estoy jugando!”

Tras un emotivo abrazo se tiró al monte; no había otra cosa que hacer, no había alternativa. Trasponiendo la colina oyó unos disparos y volvió la mirada: el teniente y otros cuatro soldados simulaban

su persecución en dirección a *La Caleta*.

Se conocían no solo porque en los años de juventud jugaban en las calles de Ceuta, en la segunda década del siglo pasado, tiempos en que Juan Señor Arroyo, su padre, del extinto cuerpo de Carabineros<sup>1</sup>, estuvo destinado en la aduana, donde era conocido y muy apreciado por los marroquíes porque solía hacer la vista gorda con los que se buscaban la vida con el matute. También se conocían porque unos ocho años antes ingresaron juntos en el Ejército, en el cuerpo de Mehala (pronúnciese Mejala) en Marruecos, que luego Andrés abandonó con la graduación de sargento.

Andrés Señor Gallego nació en *Arenillas* (Algeciras) en 1908 y se crió en Ceuta, aunque también, por la profesión del padre, vivió algunos años en Barcelona. La familia recaló finalmente en Tarifa, de la que él se enamoró y se hizo hijo; de aquí no pensaba moverse jamás, era la ciudad de sus amores.

Contábase que cuando llegó se asomó al jardín más alto de la Alameda, y contemplando el central exclamó: “¡Mirad, como el cinco de oros!”. La denominación ha persistido en el tiempo y hoy la escribimos con mayúsculas.

Efectivamente, con sus padres y hermanos no se ensañaron los sediciosos, más que nada porque Andrés era la oveja negra de su familia en la cuestión política, como todo el pueblo sabía; o sea, republicano, de izquierdas y amigo del alcalde. Cosa distinta ocurrió con la de don Amador Mora Rojas; su mujer y sus hijos mayores fueron penosamente vilipendiados, torturados y finalmente asesinados. Algunos vecinos de Facinas nos aseguraron que días después de su arresto, doña Antonia Marín Muñoz, esposa de don Amador, fue arrastrada viva en esa pedanía, entre otras cosas que creo mejor obviar, y luego fusilada junto a otras dos mujeres, relacionadas de alguna manera con ella.

Como estaba diciendo, Andrés cruzó el arroyo del *Olivar* y atravesó la carretera por las inmediaciones de la *curva de la ese*, hoy el *viaducto*, para encontrarse con una veintena de republicanos capitaneados por don Amador, que le esperaban en la parte baja de *La Ahumada*, desde donde se fugarían por los montes, tras recibir algunas provisiones de la gente del campo, hacia Málaga. Allí llegaron y fueron protegidos por otro republicano tarifeño, don Francisco Natera, hasta que fundaron, con unos setenta hombres el batallón Pablo Iglesias; Amador fue nombrado capitán y Andrés teniente, al igual que el carabinero Vicente Enrique. Partieron al frente de Baeza, Jaén, mientras la España republicana contemplaba estupefacta como la rebelión militar se afian-



**Imagen 2.-** Primer año de Mehala. África, 1928. Foto: Álbum familiar

zaba. En Baeza murió Amador nada más llegar, tristemente por fuego amigo. Parte de estos hechos fueron descritos por don Wenceslao Segura en **ALJARANDA 37**.

Tras la muerte de Amador los tenientes Andrés y Vicente fueron requeridos para su ingreso en la academia militar, a fin de completar su formación como oficiales de infantería. Para Andrés fue literalmente una guerra fratricida, a Pepe Señor, su hermano menor, lo movilizaron los franquistas, aunque afortunadamente nunca se toparon en el frente.

La guerra terminó y a pesar de los consejos declinó recurrir al exilio; no quiso abandonar su gente ni su España, aún sabiendo que a otros eso les estaba costando la vida.

Al no ser un experto, ni siquiera un buen conocedor, en los pormenores localizados de lo acontecido tras el armisticio, tampoco puedo aportar un relato razonado sobre el porqué hubo algunas zonas donde el honor militar, y en definitiva la razón, surgió durante un corto periodo, dando lugar a situacio-

<sup>1</sup>A su extinción, el cuerpo de Carabineros fue integrado en la Guardia Civil

nes como la que se expresa a continuación, que comparadas con otras como la de Tarifa, pueden causar un cierto estupor. Sólo puedo transmitir, no sin cierta perplejidad, lo que a su vez me transmitió don Rafael López Moya, cuñado de Andrés, don José Señor Gallejo, Pepe, su hermano menor, que fue sargento del ejército franquista y doña Juana López Moya, su esposa, depositarios de sus más íntimas confidencias y confesiones. Los dos primeros, fallecidos en 2002 y 1971, respectivamente.

En Baeza, por increíble que pueda parecer, Andrés había logrado en menos de tres meses la amistad de la mayoría de los militares contra los que durante años combatió.

Su novia, Pepita, le procuró estancia y alojamiento, y por otro lado, ante la invitación de los mandos locales del Ejército, asistía con toda naturalidad a la cámara y comedor de los oficiales triunfantes, vestido de paisano naturalmente, donde era admirado por la congruencia de sus principios, su innata elocuencia y la ausencia de odio o revanchismo de su talante; todo ello manteniendo a ultranza su condición de republicano, habida cuenta que tras la cruel contienda no anidó en su cabeza otro sentimiento más que el perdón entre hermanos y la reconstrucción nacional; lo mismo que ocurría con algunos militares franquistas.

Con todo ello, ponía de manifiesto que la guerra en sí no era su lucha, sino una triste vicisitud en la defensa de sus ideas, que mantenía a pesar de la peligrosidad que suponía.

Franco se veía obligado a hilar fino en la consolidación del nuevo Estado; por una parte, el eje Roma-Berlín parecía imparable, lo que enardecía las presiones falangistas en pos de la adhesión; por otra, el mismo Churchill declaraba que de ser español hubiera estado del bando nacional y EEUU prefería la nueva situación antes que ver a España como un posible bastión comunista, por lo que sus generales se mantenían en la conveniencia de no romper lazos con los aliados; la Península se estaba convirtiendo en un hervidero de espías y diplomacia internacionales.

De lo que no hay duda es que aquí en España se impuso el ajuste de cuentas y el aplastamiento del adversario político para eliminar todo atisbo republicano y progresista.

### Indulto y cárcel

Como muchos otros, fue detenido y conducido a campos de concentración. Con su historial y habiendo ascendido a capitán durante la guerra, enseguida fue considerado como peligroso activista y se decretó su inmediato ingreso en la prisión de Puente Genil, Córdoba, a la espera del correspondiente con-



Imagen 3.- Con unos amigos. Tarifa, 1934. Foto: Álbum familiar

sejo sumarísimo y, consiguientemente, ser fusilado.

La cárcel acabó de tajo con su prestigio local, con su noviazgo y con la mayoría de las amistades adheridas. Allí fue donde le hicieron entender finalmente que su lucha estaba perdida.

En los primeros meses de prisión, todos los días se comía nabo cocido y nada más; luego se mejoró un poco, no mucho, fuera también se estaba pasando mal. Cada día al amanecer se leía una lista de los condenados a muerte y la sentencia se ejecutaba de inmediato. Cada día, algunos de los que llamaban al perdón habían amanecido muertos; “*la debilidad de los presos era tal que si alguno caía al suelo, raramente podía volver a levantarse*”, decía Andrés cuando refería el cautiverio.

Pero él tuvo suerte, otros muchos no pudieron contarla. Tras meses de hambre y penalidades su familia cordobesa consiguió permiso para llevarle alimentos. Algunos, presidiarios igualmente, le habían salvado la vida pasándole alguna comida, de la que recibían de afuera.

Su perseverancia, empero, no conoció límites ni en las circunstancias más adversas. Ni en aquél

inframundo prescindió de su arma predilecta, la Cultura. Antes del año de prisión había agrupado un sector de intelectuales y abstrayéndolos de la realidad circundante propició la creación de un sainete andaluz y el permiso para ser mecanografiado y representado dentro del penal. La obra se llamó *El bar la copa* y cuyo original es propiedad del autor, con mayor mimo que si en oro estuviera escrita. Fue redactada y mecanografiada por don Adrián Jaramillo Santos, y dedicada por éste a Andrés de su puño y letra. Realizó y promovió otros trabajos de parecida factura que se perdieron y olvidaron, o fueron víctimas de la canallesca franquista.

Nunca militó ni tuvo afiliación a partido político alguno pero se sentía de izquierdas, aunque no era para él un elemento de segregación las tendencias políticas, sobre todo si eran democráticas y en razón del progreso de los españoles. Creyó siempre que los resortes fácticos de una Monarquía enquistada anquilosaban España en la evolución hacia las transformaciones económico-sociales, que en el resto de las naciones del entorno europeo estaban produciendo riqueza y progreso.

Lo pensaba, lo creía, y con resuelta retórica lo

***Nunca militó ni tuvo afiliación a partido político alguno pero se sentía de izquierdas***

predicaba, manteniendo la integridad de su vida en constante vilo y zozobra, al tiempo que se creaba un misterioso halo protector que inexplicablemente le permitía sobrevivir hasta en los entornos de absoluta intolerancia. Pero fue iluso, creyendo que la transformación no tendría por qué significar ruptura social, violencia o guerra, sino que se había de llegar a ella reforzando la democracia y el patriotismo. Claro que, un patriotismo donde Patria significa Sociedad, toda la Sociedad sin exclusiones; un patriotismo de Ley, Justicia y Derecho; de libertad y trabajo para todos los ciudadanos; de la abolición de los privilegios y los agravios; de la Igualdad, de la Solidaridad.

Consecuencia de ello y de su carácter dialogante era que tenía buenos amigos en todas partes, independientemente del estrato social de cada uno de ellos. Tanto era así, que en la Gobernación Militar de Córdoba se recibieron innumerables informes benignos y súplicas de perdón desde esa ciudad, Puente Genil, Baeza y Tarifa principalmente; también desde Ceuta, Barcelona, Cádiz, Algeciras y El Puerto de Santa María, de gente civil y militar vinculada a la derecha, además de las de sus propios familiares. Por



*Imagen 4.- Último mes de academia militar: Córdoba, 1937.  
Foto: Álbum familiar*

eso podría decirse, él lo decía, que la amistad puede surgir hasta en el infierno.

Claro que con su pensamiento era inevitable que también tuviera enemigos, sobre todo porque como casi todo joven no se arrebata en poner de manifiesto sus principios si la situación lo requería. Sirva como ejemplo el caso de una vez, en Tarifa, que reprendió enérgica y públicamente a una pareja de la Guardia Civil, al ver que consintieron con su pasividad que un tarifeño ultraderechista pinchara con unas tijeras el costado del preso que conducían. El preso era Miguel Mora Marín, hijo de Amador y dirigente de las Juventudes Socialistas de Tarifa, detenido por unos disturbios en *El Retiro*, antes de la guerra obviamente.

Enemigos tenía también dentro de su propia familia, pues un tío, cuyo nombre por caridad omitiré, exclamó públicamente “¡Ah!, ¿pero aún no han matado a ése?”, cuando se enteró que un consejo militar deliberaba su indulto.

Ya se sabe lo difícil que era en aquellos momentos que Franco perdonase la vida a un combatiente rojo, pero su gente lo consiguió; su gente, su

manifiesto patriotismo y defensa de la unidad de España, su meritoria Hoja de Servicios en África... ¡quién sabe!, el caso es que fue indultado de la pena de muerte y condenado a prisión perpetua.

No hay que pasar por alto que durante la República criticó con su natural vehemencia las checas y otras barbaridades cometidas por la izquierda radical y pro rusa contra cristianos, gente conservadora y sus propios correligionarios críticos y moderados. Lo que le había cerrado, desde sus comienzos, el progreso en la carrera política; cosa que don Pablo Manso y otros tarifeños manifestaron en sus informes y peticiones de clemencia.

A los tres años de prisión se le concedió la libertad y volvió a Tarifa, a pesar de los desatados odios aún recientes; aquí le esperaban sus padres y familiares más cercanos, que le adoraban pese a su díscolo proceder, o por ello quizás. Su salud, ánimo y semblante reflejaban un estado calamitoso, con solo 34 años.

Obtuvo una libertad condicionada y observada, pero libertad al fin y al cabo. Por su pasado militar y por su funcionariado durante la República fue inhabilitado para empleo o cargo público en todo Órgano de la Administración y su acceso al trabajo supeditado a que cualquier afecto al régimen, excombatiente o no, pudiera reclamarle el puesto en cualquier momento.

Estas circunstancias y las propias de un Estado muy empobrecido, le hicieron optar por la búsqueda de trabajos que casi nadie quería ejercer; por

### ***La mayoría no podía pagar las clases, por económicas que fueran***

ejemplo, en la construcción del puerto, donde tras algunos jornales tuvo que abandonar por la dureza extrema de las peonadas y su aún precario estado de salud.

#### **Señor maestro, maestro Señor**

Los artículos alimenticios de primera necesidad solo existían para los privilegiados o para quienes podían adquirirlos de contrabando; en ocasiones, ni con dinero ni con privilegios se podían conseguir. Y el problema no derivaba simplemente del gran desastre que la contienda produjo en todos los órdenes de la Sociedad, sino también en que el pagar las deudas de guerra, en todos los sentidos, adquirió naturaleza

de prioridad, y constituía el único medio de evitar el más absoluto aislamiento internacional.

Con este estado de cosas y su degradada condición social, encontrar trabajo tenía que significar la emigración a otra parte de España o aguzar el ingenio, y por esto último se determinó.

En las estribaciones del Parque de los Alcornocales, la franja abrigada por la sierra de Enmedio al Oeste, la de Ojén al Norte y la de El Cabrito al Este, abarca seis dehesas cuya población infantil y juvenil era abundante, prácticamente analfabeta y completamente desatendida, desde mucho antes de la guerra civil. Desde siempre, puede decirse.

Andrés decidió poner remedio a su situación laboral llevando a efecto lo que otrora defendía, proponía y predicaba en tertulias y debates: alfabetizar la población rural. Pidió permiso para ello y le fue concedido con las consabidas advertencias sobre cuestiones ideológicas: *“Hágalo si le parece, pero cobrará de sus alumnos; y cuidadito con lo que enseñamos o volverá a prisión; y esta vez le juzgaremos aquí”*, le advirtió el comandante de Puesto. Algunos enemigos de Amador, y por lo tanto suyos, acataban la sentencia de indulto pero habrían estado

### ***El otro maestro fue un ciudadano llamado Francisco Salmerón***

encantados de ajustarle las cuentas.

En esas dehesas -Ahumada, Poblana, Longanilla, Paredón, Caheruelas y Puerto Llano- hubieron dos hombres que dedicaron su vida a la enseñanza y, atravesando incansables los montes de casa en casa durante años, consiguieron bajar drásticamente el porcentaje de analfabetismo de la zona; al principio solo con la comida como emolumento. El otro maestro fue un ciudadano llamado Francisco Salmerón, republicano igualmente. También, aunque en su propia casa, fue maestro rural don Antonio López Núñez, *Requena*, que tiene algo que ver con el desarrollo de esta narración, como luego veremos, y que no era muy de fiar para los más extremistas por haber formado parte de una mesa electoral, obviamente antes de la guerra. Había que levantarse de madrugada para llegar temprano a Puerto Llano o la Ahumada (“en el tren de San Fernando”, decía)<sup>2</sup> y, pasando por otras dos de las dehesas, estar a las diez u once de la noche de vuelta en Tarifa.

Enseñó a niños y adultos; los alumnos más

<sup>2</sup> En el tren de San Fernando, unos ratitos a pié y otros andando.

Las unidades didácticas las estructuró para dos ciclos de aprendizaje:

**Primer ciclo.** Se trataba la alfabetización del alumno y estaba compuesta por unos libritos llamados *Mi primera cartilla*, *El Catón* y *El cuaderno de rayas* (1º, 2º y 3º); en el último de ellos ya se practicaba estructurando los escritos en capítulos y éstos en párrafos independientes.

Matemáticas: números naturales y enteros hasta las cuatro reglas –suma, resta, multiplicación y división- y nomenclatura básica de Geometría.

La práctica de escritura y matemáticas se desarrollaba en pizarra de piedra de unos 20x15 cm. enmarcada en madera, con una cuerda donde iban amarrados el pizarrín y el trapito de borrar. Luego de cierta práctica se pasaba a tintero y pluma.

**Segundo ciclo.** Práctica y fijación de lo aprendido para adquirir cultura mediante la *Enciclopedia Álvarez* (1, 2, 3 y 4) y *El libro de Juanito* (o Tesoro de las escuelas, del que conservo un ejemplar) como factor moralizador específico, conforme a la “Formación del Espíritu Nacional”.

Matemáticas: números enteros y racionales, hasta el planteamiento y resolución de problemas aritméticos y geométricos de cierta complejidad.

Cuadro 1.- Procedimiento educativo. Detalle del material didáctico

torpes o dejados consiguieron al menos llegar a practicar un poco de lo que antes denominaban “leer, escribir y las cuatro reglas”; los más despabilados llegaron hasta la regla de tres compuesta, todo un logro. Refería Andrés ocasionalmente que algunos de los niños continuaron en la enseñanza media; muy pocos, y de familias algo acomodadas, ya que por entonces a todos se les requería desde mozalbetes (incluso niñas, en la mayor parte de los casos) para las labores agropecuarias, base del sustento.

Algunos de ellos, a los que llamaba mis *niños yunteros*<sup>3</sup>, que por una u otra razón no podían aprender, los trataba de enseñar aunque fuera gratis, casi a hurtadillas a veces. Uno de aquellos zagales es Andrés Manso Serrano, *Andresillo el sordo ó el Sordillo*, que a sus ochenta y seis años sobrevive con una mísera pensión en una choza de palmas en medio de las ruinas de un caserío del lugar llamado El Conde, en la dehesa Paredón, que en otros tiempos vio vibrante de actividad. Allí nació y vivió, y probablemente allí morirá; sólo, siempre sólo. Su vida entera la ha pasado tropezando con los huesos de la tierra, labrando, y aún lo sigue haciendo, al margen de una Sociedad indiferente e inconsciente de su modo de vivir; carente de cualquier tipo de comodidad, excepto que se alumbraba con camping-gas.

Por la cuenta que le traía, como todo quisqui<sup>4</sup>, el *maestro* tenía que atenerse a lo legalmente establecido en materia de educación. A cuenta de ello recibí algunos “consejos” y reprimendas, ya que se negó siempre a impartir clases de lo que no creía ni quería, en la forma que se pretendía: la religión. Y no es que no creyera en Dios, sino en los estamentos eclesiásti-

cos; sostenía que ser cristiano es serlo en los actos y comportamientos, no con la beatería ni la inquisición del pensamiento, no con tanta parafernalia, galanura y teosofía, sino como lo había dicho y hecho Jesucristo. Sus razonamientos, naturalmente expuestos de manera menos enfática, fueron tenidos en cuenta, aunque siempre a regañadientes.

Aún me encuentro gente que aprendió con él y lo refieren con nostalgia y gran admiración; y sé porqué, porque también me dio clases, y me crió. Sé que sabía enseñar porque hacía agradable aprender. De lo que al respecto recuerdo se puede descubrir que era un adelantado a su tiempo en cuanto a la pedagogía, porque usaba métodos que hoy día se pueden encuadrar perfectamente dentro de lo que conocemos como aprendizaje y enseñanza significativos. Adecuaba el método a las características personales y entorno físico y familiar del alumno, recurriendo a las más diversas estrategias encaminadas a provocar la motivación y el estímulo por aprender. En el cuadro 1 se detalla el currículo pedagógico (metodología, unidades didácticas).

Pero la vida, la supervivencia, era muy dura para casi todos; la mayoría no tenía para pagar las clases, por económicas que fueran; otros lo hacían mediante huevos, pan u hortalizas; así que tras años sin casa propia, sin comprarse ropa, pasando necesidades y sin perspectivas de futuro, comenzó a considerar seriamente cambiar de oficio. Su procedencia urbana no menoscabó nunca su disposición al trabajo duro y comenzó a aprovechar jornales ocasionales y trabajos de temporada, hasta que el azar entró en juego. ■

<sup>3</sup> Aludía a *El niño yuntero*, poema de Miguel Hernández.

<sup>4</sup> *Quisque*: persona, individuo. Modismo local: *quisqui*. (Todo *quisqui*: todo el mundo)